

LA PLUMA Y EL LABERINTO: AUTOBIOGRAFÍA Y REPRESENTACIÓN DE MANUELA SÁENZ

Cláudia Luna

Universidade Federal do Rio de Janeiro
CNPQ - Conselho Nacional de Pesquisa - Brasil

Para escribir *El general en su laberinto* (1989), Gabriel García Márquez se ha documentado muy sólidamente. Entre numerosas fuentes históricas, el epistolario del Libertador constituye el más importante intertexto de la obra, que Seymour Menton (1993) incluye en su estudio sobre la nueva novela histórica latinoamericana.

En esta narrativa, como suele ocurrir en las biografías consagradas de Bolívar, se hace referencia a Manuela Sáenz, llamada por muchos la Libertadora del Libertador, quien participó de forma activa en las luchas por la emancipación de los países hispanoamericanos, pero cuya memoria se mantuvo indeleblemente vinculada a la del prócer como su amante predilecta. Es significativo que la más importante selección de textos de esta militante ecuatoriana, publicada en 1993, tenga por título *Patriota y amante de usted*¹.

El objetivo de este trabajo es analizar la representación que se hace de Sáenz en *El general en su laberinto*, en diálogo con la que se expresa en su epistolario. Confrontar la representación ficcional con la construcción de la subjetividad femenina en el discurso autobiográfico, es decir, la representación textual del yo, puede establecer un camino productivo para la discusión sobre la oposición entre el proceso de exaltación y construcción de los héroes y la gradativa descalificación y negación de la actuación femenina, inherente a la escrita hegemónica de la Historia, además de la perspectiva femenina respecto a los proyectos de emancipación y construcción de nuevas sociedades.

De la escritura de la Historia

En el mismo año en que se publicaba la novela de García Márquez, el estadounidense Francis Fukuyama exponía, en un artículo, su teoría sobre "el fin de la Historia"². Apenas pocos años después de enunciada, ya sería cuestionada por guerras fratricidas, resurgimiento de grupos fascistas y prácticas xenofóbicas, y, principalmente, la crisis del modelo neoliberal y del nuevo orden mundial. Mientras tanto, en los trópicos, en Nuestra América se profundizan las desigualdades y la dependencia, a la vez que se buscan nuevas formas de organización, resistencia y lucha.

Frente a eso, el estatuto de la Historia reafirma su vitalidad, así como de la ciencia que le corresponde. Hablar de una historia posible, objetiva, no significa

¹ Se trata del libro *Patriota y amante de Usted*. Manuela Sáenz y el Libertador. /Compilación de Carlos Alvarez Saá/. México: Editorial Diana, 1993.

² Como comenta Luis Marcos Gomes, "el artículo de Fukuyama, con el título 'The end of history' surgió en 1989, en la revista norteamericana *The national interest*. En 1992, Fukuyama publicó el libro *The end of history and the last man*" (1995).

adoptar una concepción de neutralidad. Como nos advierte Walter Benjamin, "la historia es objeto de una construcción cuyo espacio no es el tiempo homogéneo y vacío, pero un tiempo saturado de ahora" (1987, p. 229). Por consiguiente, adoptamos el concepto de Marc Bloch, para quien la Historia es una ciencia en construcción, la ciencia del hombre en el tiempo, lo que se coaduna con la perspectiva de que, sí, es posible una historia total, que posea un potencial transformador.

En América Latina, son muchos los ejemplos de construcción de una historia que ha contemplado más intereses particulares que generales. Cuando los conquistadores españoles ordenaron que se quemaran documentos y destruyeran monumentos de incas y aztecas, en el siglo XVI, empezando a levantar sobre estos escombros la civilización occidental en el continente derrotado, principiaba el primer capítulo de una historia que, toda ella, representó el triunfo del europeo y de la metrópoli sobre otro modo de vida y la negación de la identidad de miles de hombres y mujeres. Estos verían sus religiones y creencias convertirse en superstición; su arte ser rebajada a la categoría de folclor y su historia ser despectivamente rotulada como *prehistoria*. Como producto de los vencedores, esa historia narró la versión de los hechos que más conviniera a los intereses de ciertas naciones y clases; a ellos se moldearon la construcción de los héroes y la valorización de lo factual y de lo político.

En ese contexto, el escritor siempre ha sido indispensable, sea corroborando, sea cuestionando tales paradigmas. En el proceso de construcción de los héroes, al arte frecuentemente cupo un papel determinante: producir la estatua en plaza pública, la poesía de exaltación, las biografías. Importa la elaboración de lo imaginario como sucedáneo de su herencia real: el día feriado, el nombre en calles y escuelas, la conmemoración de natalicios y fechas de muerte. Estos elementos funcionan como constructores de la memoria colectiva que, por su carácter desmaterializante, resulta en la mitificación, es decir, en el acto de transformar al hombre en mito, en un ser especial.

Consideramos que la figura del héroe, en general, puede asumir dos versiones: la del héroe victorioso, que derrota un modelo anterior o reafirma el vigente y es incorporado por la historia oficial como ejemplo para la humanidad; o la del héroe de resistencia, aquel que, aunque derrotado, sigue como referencial para las generaciones venideras, asociado muchas veces a la figura del mártir. Las dos versiones, sin embargo, tienen el poder de consubstanciar una visión de la historia como algo realizado por grandes e iluminados hombres, lejanos de los comunes, de los cuales se diferencian porque solamente a ellos se les concede el poder de escapar al olvido. La memoria colectiva los acoge en su olímpico panteón de ídolos o los apuntala como traidores, espacio en el cual permanecen cristalizados, imponentes e inmóviles como cuadros en las paredes de los grandes museos de la historia oficial.

Por otro lado, a la mujer se destinan determinados papeles, primordialmente vinculados a la familia, a la preservación y mantenimiento de tradiciones y costumbres morales y religiosas. Desde el periodo de la Conquista, hay figuras emblemáticas de este modelo, personajes reales o ficticios, como Isabel de Guevara, integrante de la expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata, que escribe a la Princesa Gobernadora Isabel una carta que dialoga simultáneamente con el discurso de los vencedores y con el de los vencidos³. O Lucía de Miranda, personaje de *La Argentina*, de Ruy Díaz de Guzmán, que, tal como la santa y mártir

³ Véase Silva, Cláudia Luna. "Uma voz singular na encruzilhada de dois mundos: heterogeneidade de visões na conquista da América", en Silva, Aline Machado et alli, (org.). *Anuario Brasileiro de estudos hispânicos*. Suplemento Jubileo de Plata de la APEERJ. São Paulo: Embajada de España en Brasil – Consejería de Educación, 1990.

de igual nombre, se sacrifica para garantizar los valores de la civilización y de la cristiandad frente a la barbarie y al paganismo del Nuevo Mundo.

Además de eso, indudablemente, dentro de la ciudad letrada, la historiografía literaria privilegia las figuras masculinas, con perjuicio para las mujeres. Pocos son los nombres que han resistido al olvido, como Sor Juana Inés de la Cruz, rescatada en fines del siglo diecinueve por Juan León Mera, o Gabriela Mistral, laureada con el Premio Nobel.

Solamente en fines del siglo veinte, con el trabajo de rescate por la crítica y la emergencia de los estudios de género, se redescubren autoras, militantes, escritoras, pedagogas que lograron salir del campo privado para lo público, deshaciendo las fronteras entre ellos, como Mercedes Cabello de Carbonera, Juana Manso, Juana Manuela Gorriti, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rosa Guerra, Eduarda Mansilla, Nísia Floresta, quienes construyeron una red discursiva que logró ultrapasar fronteras, propiciando un intercambio extremadamente fértil entre las intelectuales del período del Romanticismo-liberalismo, en el proceso de formación de los imaginarios nacionales.

La labor que fue precedida y posibilitó una intensa actuación femenina en el período de las independencias, en las primeras décadas del siglo XIX, cuando los ideales del americanismo y de la construcción de una gran nación latinoamericana todavía se presentaban como una utopía dentro del campo de lo posible.

En 1833, cuando la militante franco peruana Flora Tristán desembarca en el Perú, para reivindicar sus derechos familiares, encuentra una sociedad marcada por desigualdades, que condena, pero en la cual admite que hay más espacio y libertad para las mujeres que en Europa, desde donde partirá. Toma como ejemplo la figura de la Mariscal, amante de uno de los héroes de la Patria, una de las bravas mujeres que, tal como Manuela Sáenz, empuñaba armas e intervenía directamente en los destinos de los nacientes países. Son dos ejemplos de indómitas mujeres, que lideran ejércitos, trazan estrategias, traman arduos en defensa de sus ideales, luchando al lado de sus compañeros –maridos o amantes contra los ejércitos realistas, en pro de los proyectos emancipatorios.

Si en el periodo de las guerras de independencia las mujeres participaron activamente en la lucha por la emancipación, pasadas las turbulencias políticas, los discursos dominantes abogarán por la vuelta de las mujeres al hogar, reasumiendo su tradicional papel de madres y esposas ejemplares, cuyo valor reside en generar, criar y amparar a los “héroes de la patria”.

Construcción y deconstrucción de la imagen de Bolívar

García Márquez diría, en una entrevista sobre *El general en su laberinto (GL)*, que su propósito inicial era escribir sobre el río Magdalena; solamente después la figura de Bolívar empezó a dibujarse ante sus ojos. De todas formas, el primer aspecto que se destaca en la lectura de la novela es la imagen decadente de su protagonista, Simón Bolívar. Desde la escena inicial, cinematográfica, él nos es presentado de modo surrealista, flotando de ojos abiertos en una bañera con aguas depurativas. Un hombre frágil, envejecido y que encogía, cuya descripción es patética:

Hasta su desnudez era distinta, pues tenía el cuerpo pálido y la cabeza y las manos como achicharradas por el abuso de la intemperie. Había cumplido cuarenta y seis años el pasado mes de julio, pero ya sus ásperos rizos caribes se habían vuelto ceniza y tenía los huesos desordenados por la decrepitud prematura, y todo él se veía tan desmerecido que no parecía capaz de perdurar

hasta el julio siguiente. Sin embargo, sus ademanes resueltos parecían ser de otro menos dañado por la vida, y caminaba sin cesar alrededor de nada. (GL, p. 10)⁴

Se debe mencionar que el nombre de este personaje solamente es presentado al lector en el último párrafo del primer capítulo. Con toda solemnidad, aunque ya asociado a su derrota final: "Era el fin. El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre" (GL, p. 43). Sólo la certidumbre de reconocimiento por el lector permitiría el uso de este artificio literario, ya que se trata de treinta y dos páginas en que no se nombra al personaje. Sin embargo, por allí desfilan figuras centrales de la historia latinoamericana decimonónica, como Sucre, Santander, Simón Rodríguez o Rafael Urbaneta. En verdad, las referencias son muy claras y bastante conocidas, para el lector latinoamericano. Lo que, sí, suena distinto es el estado de salud del protagonista, de total decadencia física, aunque se mantenga con el espíritu lúcido y valeroso. Esta desmitificación sería motivo para críticas a García Márquez, de parte de algunos "bolivarianos" más ardorosos, temerosos de los riesgos de tal comportamiento desacralizante para la imagen de nuestro "Libertador".

Quizá no hayan ellos percibido que en la descripción del personaje hay claro contrapunto entre fuerza física y voluntad moral, como se puede percibir en los fragmentos siguientes: "El general se agarró sin fuerzas de las asas de la bañera, y surgió de entre las aguas medicinales con un ímpetu de delfín que no era de esperar en un cuerpo tan desmedrado" (GL, p. 9). En otro momento, se narra que

El dueño de la casa (...) había tratado de ayudarlo llevándolo del brazo con la punta de los dedos, como si fuera de vidrio, y lo sorprendió la tensión de la energía que circulaba debajo de la piel, como un torrente secreto sin ninguna relación con la indigencia del cuerpo (GL, p. 42).

Es cierto que la decadencia física y la decrepitud mental son expuestas sin pudores, de modo grotesco, dentro de los principios de inversión hartos estudiados por Bakhtin (1987, pp. 275-301). Sin embargo, se pueden percibir dos polos en la narrativa, revelando su complejidad, de vez que el Bolívar de García Márquez es, sin duda, un personaje ambivalente. De una parte, el autor deshace el mito, la "imagen oficial" de Bolívar, bajo el punto de vista físico, de sus modales y actitudes previsibles dentro del modelo apologético de presentación de los héroes históricos. De otra, presenta un personaje que manifiesta fuerza de voluntad impar, atributo de alguien especial. En un proceso dinámico y paradójico, cuanto más intensa la degradación física que demuestra, más admiración provoca, pues realiza hazañas inimaginables para alguien en su estado. Así, el saldo final de la obra sería, en nuestro entender, la recuperación de la dimensión heroica del personaje, bajo un punto de vista más auténticamente humano e histórico.

No se puede olvidar, a propósito, que el grotesco moderno surge como contrapunto posible a lo sublime, operando de modo complementario. La causa de la aparente paradoja nos aclara Víctor Hugo de forma magistral:

Porque los hombres de genio, por grandes que sean, tienen siempre una fiera que parodia su inteligencia. Es por eso que entran en contacto con la humanidad; por eso son dramáticos. "De lo sublime a lo ridículo hay solamente un paso", decía Napoleón, cuando se convenció de que era hombre, y este relámpago de un alma de fuego que se entreabre, ilumina simultáneamente el arte y la historia, este grito de angustia es el resumen del drama y de la vida. (HUGO, s/d, p. 44-45).

⁴ Las referencias a la novela de García Márquez se harán en el texto tras la sigla GL.

Sin lugar a dudas, sus palabras podrían haber sido empleadas para describir el mismo Bolívar, no fuera él latinoamericano. Importa ahora percibir que su lucha con la muerte se combina a la lucha por la autonomía latinoamericana. Haber perdido una lo llevaría a la derrota en la otra. De todos modos, este es el relato de su última batalla, el patético desarrollo de una guerra –que él sabe de antemano perdida– con la propia muerte, lo que le hace exclamar, perplejo, al final: “Carajos’, suspiró. ‘¿Cómo voy a salir de este laberinto!’” (GL, p. 271).

El Bolívar de García Márquez es un hombre como todos los otros, con defectos y calidades, una figura que rechaza la visión idealizada que se suele tener de los héroes. Por otro lado, se acerca a un personaje que es familiar tanto al escritor colombiano (recordemos, por ejemplo, *El otoño del Patriarca*) como a toda la literatura del *boom* – la figura del dictador⁵ y del caudillo. Sabemos que tanto las guerras de independencia, con el inevitable fortalecimiento de ejércitos nacionales, como el periodo “anárquico” que se siguió, con luchas internas por el poder, provocan el surgimiento de grupos armados liderados por los caudillos locales, generando el medio favorable para el surgimiento de esas “figuras de autoridad” en que se muestran muy tenues los límites entre espíritu de liderazgo y autoritarismo.

Así, los próceres, considerados como conductores de las masas, habrían de ser los “padres” de esos caudillos y dictadores, fenómeno posibilitado por el carácter que tomaron las independencias, movimientos liderados por las élites latinoamericanas, en las que los trabajadores y las masas de negros, indios y mestizos, hombres y mujeres participaron como coadyuvantes, sin usufructuar de los resultados de una liberación que, en último análisis, si les hizo correr la sangre, no les contempló los anhelos.

Diálogo de voces y de textos

La urdidura literaria de García Márquez trae algunas de sus obsesiones, resaltándose profunda intertextualidad. Hay, antes de todo, la referencia a Borges, que ya Cesare Segre (1983), entre otros, había detectado. Los espejos, en especial, están siempre presentes; no solamente los temáticos, como los que el protagonista utiliza para afeitarse y mirar las marcas del pasaje del tiempo, sino como mecanismos textuales, en que se reflejan y dialogan los relatos –las cartas, el juego entre pasado y presente, las citas.

Hay todavía referencias internas a su obra. Por ejemplo, el cuadro de Bolívar acostado, cercado por gallinas, nos recuerda aquel “señor muy viejo con unas alas enormes”, del cuento homónimo, en que el ángel viejo, perdido y sucio, derreado sobre las aves, temblando de frío y fiebre, nos advertía para la mediocridad humana y la inexorable decadencia de todo. Hay todavía los olores que le seducen y son constantes en toda la narrativa. De la misma manera, las lluvias perpetuas, las flores y frutos, principalmente las guayabas, que inebrian el general con su perfume.

En este escenario se destaca la caravana de Manuelita Sáenz,

una mudanza de gitanos, con los baúles errantes en una docena de mulas, sus esclavas inmortales, y once gatos, seis perros, tres micos educados en el arte de las obscenidades palaciegas, un oso amaestrado para ensartar agujas, y

⁵ En cierta entrevista afirmará García Márquez que “El tema ha sido una constante de la literatura latinoamericana desde sus orígenes y supongo que seguirá siendo. Es comprensible, pues el dictador es el único personaje mitológico que América Latina produjo y su ciclo histórico está lejos de concluirse” (1982, p. 106).

nueve jaulas de loros y guacamayas que despotricaban contra Santander en tres idiomas (GL, pp. 160-161).

La situación burlesca nos hace recordar la joven y cándida Eréndira y la caravana con que vaga por el desierto, prisionera de su desdicha y del "hechizo" de su desalmada abuela: "Detrás de ellas caminaban cuatro indios de carga con pedazos del campamento: los petates de dormir, el trono restaurado, el ángel de alabastro y el baúl con los restos de los Amadises" (García Márquez, 1972, p. 78). El tono a la vez circense y melancólico se presenta también en la decrepitud de los ejércitos en harapos, que vagan, desilusionados, con sus familias.

Tal como Eréndira, la Manuela de García Márquez sigue su camino y resiste, a pesar de las más adversas condiciones. Sería interesante profundizar, en otra ocasión, el paralelismo entre las narrativas de estas mujeres, que se alejan de los padrones deseables de moralidad femenina. La primera, por contingencia de la abuela, que vende su virginidad y la prostituye brutalmente. La otra, que huye con su primer amor, es seducida y abandonada. Las dos pasan una temporada en un convento y luego se someten a un matrimonio de conveniencia.

Aunque haya una diferencia fundamental entre las dos –la esclavitud de Eréndira *versus* la libertad de Manuela– en el dominio de la sexualidad, las dos sufrirán el reproche de la sociedad. Eréndira huye corriendo "y jamás se volvió a tener la menor noticia de ella ni se encontró el vestigio más ínfimo de su desgracia" (García Márquez, 1972, p. 113). También las huellas de la importancia de Manuela Sáenz para su tiempo serán borrados por la historiografía, que le destinará un espacio restringido, casi siempre vinculado a la de Bolívar, bajo su sombra.

Simón y Manuela: de lo público y de lo privado

Aunque para Seymour Menton no hay dialogismo en la novela, consideramos que, sí, está presente. La extrema fidelidad del autor para con las palabras de Bolívar puede tornar imperceptible el dialogismo, si el término se considera como exclusivo del relato paródico. Pero es el mismo Bakhtín quien reprueba esta concepción, por su carácter reductor. Dice él, al revés, que la "*concordancia* es una de las formas más importantes de la relación dialógica" (1992, p. 354) y, en nuestro caso, consideramos que el mecanismo funciona como expreso homenaje que hace el autor a los personajes que retrata.

Uno de los hilos conductores del relato, como comenta Menton, es el de las peripecias amorosas de Bolívar, conquistador inveterado, viudo antes de los veinte años, y que se relaciona con docenas de mujeres, al largo de su vida. De todas, sin embargo, se destaca Manuela Sáenz, su "predilecta" durante muchos años, la que guardará los baúles de cartas y documentos del prócer, cuidadosamente hasta que ella se muere y se pierden muchos de sus papeles cuando su casa es incendiada por agentes del gobierno, oficialmente para evitar riesgo de contagio a causa de la enfermedad que la victimara (la difteria), aunque el carácter de persecución política sea patente.

A pesar de eso, algunas de cartas que cambiaron fueron preservadas, como las que fueron dadas por Manuela a su amigo O'Leary, y han sido publicadas, en los últimos años. García Márquez utiliza e incorpora este material a su relato. Como explica Mercedes Borkosky, "la inclusión de cartas autobiográficas en biografías es frecuente (...). Esta estrategia apunta a validar la narración del biógrafo" (2005, p. 101). En otras obras, puede ser utilizada con "el propósito de invalidar el recelo que la novela histórica produce en cuento a su fidelidad a una verdad histórica – concepto sometido a discusión, por otra parte" (2005, p. 101).

Algunas veces lo hará de forma vehemente, como cuando Bolívar redacta de propio puño una misiva en tono a la vez suplicante y perentorio, para que Manuela no viaje con su marido, James Thorne, para Inglaterra:

El general no se esperó al segundo amor de la noche para escribirle a Manuela una respuesta inmediata que más bien parecía un orden de guerra: "Diga usted la verdad y no se vaya a ninguna parte." Y subrayó con su mano la frase final: "*Yo la quiero resueltamente.*" Ella obedeció encantada (GL, p. 160).

Otras veces, de forma irónica, cuando comenta que frecuentemente era José Palacios, el fiel secretario del Libertador, no solamente el copista de las cartas que el general le dictaba, sino también su autor, lo que conferiría a esta correspondencia un carácter peculiar, si se considera la verosimilitud de la información. Por otro lado, se hace mención a cartas escritas pero no enviadas:

Él había prometido escribirle todos los días, de todas partes, para jurarle con el corazón en carne viva que la amaba más que a nadie en este mundo. Le escribió, en efecto, y a veces de su puño y letra, pero no mandó las cartas (GL, p. 157).

De todas formas, importa establecer el diálogo entre la figura de Manuela Sáenz, tal como surge en el relato de García Márquez, y aquella que se construye a través del discurso, en su epistolario.

Manuela en las veredas del laberinto

Hay tres personajes que recorren toda la trama de *El general en su laberinto*: Bolívar, evidentemente, José Palacios, "su servidor más antiguo" (GL, p. 9) y Manuela Sáenz, quien nos surge de la forma siguiente:

La última visita que recibió la noche anterior fue la de Manuela Sáenz, la aguerrida quiteña que lo amaba, pero que no iba a seguirlo hasta la muerte. Se quedaba, como siempre, con el encargo de mantener al general bien informado de todo cuanto ocurriera en ausencia suya, pues hacía tiempo que él no confiaba en nadie más que ella (GL, p. 12).

Tenemos ahí configurado el perfil del personaje: el carácter aguerrido, la impulsividad amorosa y la complicidad en la lucha. Al mismo tiempo, el desvanecimiento de límites entre lo privado y lo público, o sea, la transgresión de los padrones de comportamiento, la ruptura de papeles preestablecidos. No eran "amantes clandestinos, pues lo eran a plena luz y con escándalo público" (GL, p. 12). Mientras el personaje de Bolívar se debilita físicamente, Manuela mantiene el vigor y la energía, pues "había sido joven hasta hacía poco tiempo, cuando sus carnes empezaron a ganarle a su edad". Pero su voz "afónica seguía siendo buena para las penumbras del amor" (GL, p. 13). Surge como su guardiana y protectora. Lo ampara en las crisis generadas por la tísica, busca amenizar su decepción a causa de la ingratitud que lo rodea, lo salva de emboscadas, avísalo de inminentes peligros. Surge y desaparece en los momentos ciertos, llévale golosinas e informaciones, pues vivía con "el oído atento a las voces de la calle" (GL, p. 30). Como señala el narrador:

Además de ser la última mujer con quien él mantuvo un amor continuado desde la muerte de su esposa, veintisiete años antes, era también su confidente, la guardiana de sus archivos y su lectora más emotiva, y estaba asimilada a su Estado Mayor con el grado de coronela (GL, p. 30-31).

Tal como Flora Tristán, que se travestiría de hombre para ingresar en el parlamento inglés, Manuela Sáenz solía disfrazarse, adoptar modales y costumbres "masculinos", como fumar la pipa, andar entre soldados, usar el lenguaje de la caserna, y, principalmente, participar en la frente de batalla. Actúa de forma decisiva en el escenario de guerras y de lucha por el poder, tras las emancipaciones. La pareja briga por celos y por la indiferencia del general cuanto a los peligros que lo cercan y que solamente ella percibe: "él era sordo a los avisos de una confabulación para matarlo, de la que todo el mundo hablaba y en la que sólo él no creía" (GL, p. 59).

En algunos momentos ella asume papel protagónico, como en cierta noche de reconciliación en que ella lo ayuda a huir de una emboscada: "lo ayudó a vestirse a toda prisa, le puso las pantuflas impermeables (...) y lo ayudó a escapar por el balcón con un sable y una pistola" (GL, p. 60), y luego "con una astucia y una valentía de que ya había dado muestra en otras emergencias históricas (...) recibió a los atacantes que forzaron la puerta del dormitorio" (GL, p. 60).

Erraríamos, sin embargo, si buscásemos asemejar su figura a la de la doncella-guerrera, como ha sido Juana Del Arco, quien perdura en lo imaginario latinoamericano a través de personajes como Luzia Homem o Diadorim⁶, por ejemplo. Tampoco se asocia a las cautivas mártires, que seguirían la herencia de Lucía de Miranda. Rompe, además, con el modelo de las cortesanas y de la hembra fatal, típicos de los dos últimos siglos. Manuela Sáenz, tal como presentada por García Márquez, es una mujer integral, llena de vitalidad sea en el campo erótico como en lo bélico.

Su actuación política suele ser disminuida por la crítica y la historiografía. Dentro de ella se insertan sus cartas públicas, como se narra en la novela: "Olvidando los buenos consejos del general, Manuela había asumido a fondo y hasta con demasiado júbilo su papel de primera bolivarista de la nación, y libraba sola una guerra de papel contra el gobierno" (GL, p. 231).

De la misma forma, muchas de las cartas que cambia con Bolívar tratan de cuestiones políticas, como veremos más adelante. Por eso, al final del libro, el autor le presta homenaje, cuando recuerda que "se sometió a su suerte con una dignidad enconada, primero en Jamaica, y luego en una estadía triste que había de terminar en Paita (...) adonde iban a reposar los barcos balleneros de todos los océanos" (GL, p. 264). Será allí donde recibe las visitas de tres memorables personajes históricos: el maestro Simón Rodríguez, figura llave en el proceso de las emancipaciones hispanoamericanas; Giuseppe Garibaldi, patriota italiano que participó en la lucha antirosista argentina, y el novelista Herman Melville, que corría mundo colectando material para *Moby Dick*.

Como narra el autor, Manuela Sáenz murió "en una epidemia de peste, a la edad de cincuenta y nueve años, y su cabaña fue incinerada por la policía sanitaria con los preciosos papeles del general, y entre ellos su cartas íntimas" (GL, pp. 265-266).

Epistolario y construcción del sujeto

Como señalan Arambel-Guiñazú y Martín, refiriéndose a la escrita de mujeres, en el siglo diecinueve "el género epistolar juega un papel de gran importancia en el proceso que comienza, puesto que constituye una de las primeras formas de autorepresentación". (2001, p. 16). Generalmente era en los salones que se

⁶ Trátase de las novelas brasileñas *Luzia Homem*, de Domingos Olímpio (1903), y *Grande sertão: veredas*, de João Guimarães Rosa (1956).

establecía el pasaje de lo privado para lo público, donde las damas burguesas tenían oportunidad de recibir y visitar, de organizar tertulias y saraos. Ya los cenáculos, *clubs* sociales y cafés se mantenían como espacios privativos de los hombres. Sea en los salones, sea en la correspondencia era posible acceder a "un medio privado apto para la transmisión tanto de noticias públicas como de secretos íntimos". De la palabra hablada para la palabra escrita se produce un cambio profundo en el modo de construcción del yo, en su proceso de autorepresentación. En verdad, "el acto de la escritura epistolar encierra en sí la promesa de una revelación de intimidad cuya privacidad es transgredida por el acto de la lectura" (2001, p. 20).

El epistolario amoroso remonta al periodo medieval, dentro de los padrones del amor cortés. Recordemos las cartas de Eloísa y Abelardo, todavía en el siglo doce. Pues, en la América Hispánica del siglo diecinueve, se crea una "persona" a servicio de un juego de seducción, donde el sujeto amante busca cautivar el objeto amado y ausente. El juego del erotismo se construye bajo pautas que, mencionan las autoras, Roland Barthes ya había caracterizado como inherentes al discurso amoroso: "melancolía, angustias, dudas, locura, culpa, esperas, recuerdos, goces" (2001, p. 22).

En las cartas que Manuela Sáenz escribe a Simón Bolívar⁷, se manifiestan todos estos elementos, en mayor o menor grado. Las fórmulas oscilan entre el tono ceremonioso y el más íntimo y ardiente. Utiliza en general la tercera persona, lo trata por "Usted"; en otros momentos, se refiere a "mi amado" o "mi amor idolatrado", "Mi querido Simón". Los transportes amorosos son frecuentes, así como las quejumbres de incompreensión e infidelidad.

Se presenta como una mujer enloquecida por la pasión: "yo que estoy enferma de ansiedad y loca por la ausencia de usted: únicamente puedo soportarlo todo a su lado; me sobra mucho idemasiado amor para dárselo! (...) Lo único que importa es su amor, sentirme segura en sus brazos". En el juego de seducción, ruega al amado por su protección y cuidado. Entabla con él un diálogo imaginario, cuestionando: "¿por qué me ha dejado enamorada? ¡Con el alma en pedazos! Usted dice que el amor nos libera. Sí pero juntos. Eso fue comprobado por lo de Junín; de lo contrario me siento encarcelada en mi desasosiego" (carta de 5 de mayo de 1825).

Es importante destacar, en el fragmento, la oposición entre la presumible fragilidad de la mujer que busca la seguridad en los brazos del amado, y aquella que no hesita en enfrentar el campo de guerra, en este caso la batalla de Junín, de agosto de 1824, en que lograrían derrotar los ejércitos realistas. La oposición entre la fragilidad femenina y su vigor nos remiten a las heroínas románticas, por ejemplo, María, de *La Cautiva*, figura débil, pero capaz de afrontar los desafíos y trampas del mundo "bárbaro" de la Pampa argentina para salvar su marido y amado Brián, en el poema narrativo de Esteban Echeverría. ¿Se trataría de una estrategia que reafirma la sumisión de la mujer al amado, en el dominio privado, mientras se insinúa, a la vez, la paridad en la vida pública, en el campo de batalla?

La paradoja ultrapasa las fronteras de estas misivas y se inserta, en nuestro entender, en el juego permanente que deben desempeñar las mujeres, en el proceso de búsqueda de autonomía, dentro de un universo de valores patriarcales, que las subordina pero que, irónicamente, de ellas necesita en situaciones de lucha concreta.

⁷ Utilizamos las compilaciones de Arambel-Guiñazú y Martín (2001) y de Álvarez Saa (1995).

Creemos importante señalar el contraste entre la correspondencia de Manuela Sáenz a Simon Bolívar y la que dirigirá a su esposo, el inglés Jaimes Thorne. En 1829, ante las investidas del marido para que se reconciasen, ella utiliza todas las armas de la ironía para deshacer cualquier ilusión que aquél por ventura todavía tuviera, en un texto que tal vez pudiera simbolizar lo que centenares de mujeres, presas a un matrimonio por conveniencia, han sido obligadas a soportar.

En tono desafiador, exclamará: "¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este General, por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiera ser la mujer del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo o de la Santísima Trinidad?". La irreverencia de la alusión religiosa se justifica por lo que sigue en la carta, es decir, la oposición entre deseo y amistad, pasión y platonismo: "Hagamos otra cosa: en el Cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra No. ¿Cree usted mal este convenio? (...) En la Patria Celestial pasaremos una vida angélica y todo espiritual. Como hombre, usted es pesado".

En este texto definitivo se hace la protesta contra las convenciones sociales, que desprecia: "¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente". Al final, utiliza el argumento definitivo: "Usted anglicano; y yo atea. Es el más fuerte impedimento religioso. El que yo estoy amando a otro, es mayor y más fuerte" (Arambel-Guiñazu – Martín, 2001, p. 32).

La pasión revolucionaria

En las primeras décadas del siglo veinte, también en circunstancias de profundo cambio social, como lo fue la Revolución Rusa, Alejandra Kollontai (1872-1953) va a teorizar sobre la mujer celibataria, independiente, generada por la lucha:

Las mujeres del nuevo tipo, cuando crean los valores morales y sexuales, destruyen los viejos principios en el alma de las mujeres que todavía no se han aventurado a emprender la marcha por el nuevo camino. Son estas mujeres del nuevo tipo las que rompen con los dogmas que las esclavizaron (1982, p. 20).

La afirmación pudiera haber sido inspirada por la actuación de Manuela Sáenz. Por eso, quizá el mejor término para comprenderla sea pasión. La pasión revolucionaria, donde se difuminan las fronteras entre público y privado, o mejor, se aboga por una sociedad nueva, donde papeles y espacios se puedan reorganizar. En este sentido, se trata de luchar contra el dominio español en el campo político y el correspondiente modelo patriarcal en que se organizó la sociedad hispanoamericana.

En las cartas que dirige a Bolívar se puede percibir una estrategia persuasiva muy sutil, que mezcla lo público y lo privado de modo singular, es decir, son cartas en que trata de asuntos públicos, políticos, pero a la manera de una espía, en ciertos momentos, lo que presupone el mantenimiento del secreto.

En muchas de ellas se muestra como una articuladora política, que, de modo arguto, descifra las intenciones de los opositores. Es interesante percibir que ella se pone en el papel de una coadyuvante en la lucha, como si su historia no tuviera tanto relieve, a punto de que la relación amorosa con Bolívar todo suplantara.

En su carta de 7 de febrero de 1827, desde Guayaquil, desconfía de Santander y alerta Bolívar a este respecto: "¿Se fije usted? Cuide sus espaldas". En esta misiva narra como resistió a la sublevación de Bustamante: "me aparecí vestida con traje militar al cuartel de los insurrectos, y armada de pistolas, con el fin de asustar a éstos y librar a Heres". Fracasado el intento, es apresada y la mantienen

incomunicada, aunque logre entrevistarse con "las personas que le son fieles a su autoridad de usted". Más adelante, asegura: "No se preocupe por mí; dése usted cuenta que sirvo hasta para armar escándalos a su favor" (Arambel-Guiñazu - Martín, pp. 35-36).

Si invertimos los términos de la ecuación quizá se pudiera leer su idilio con Bolívar como la pasión por un ideal, la figura que encarnaría sus anhelos más profundos, o sea, la raíz de ese amor vendría de su admiración por lo heroico. Es inextricable la vinculación erótico-política, entre amor y revolución, pues la lucha política y la lucha por la afirmación del deseo hacen parte de un mismo desafío.

Su biografía, independiente de la de Bolívar, incluye prisiones, persecución, tortura, clausura forzada, exilio, confisco de bienes, como la pensión que el marido le legara, y que nunca llegó a sus manos. Pero sigue en los libros de historia como un apéndice, como se puede observar en *Breve historia contemporánea del Ecuador* (Salvador Lara, 1994), un tópico dentro del estudio de la independencia ecuatoriana, previsiblemente titulado "La 'Libertadora' del Libertador". Aunque repita todos los clichés y los episodios que se suele destacar de su biografía, la perspectiva con que Salvador Lara narra su protección respecto a Bolívar es más contundente que la forma como García Márquez la presentó. Cuando el vicepresidente de la Gran Colombia, general Santander, jefe de los opositores de Bolívar, asalta el palacio del Libertador, Manuela Sáenz lo auxilia en su huída y enfrenta los asaltantes. Cuando perciben que ella los estaba desorientando la reacción es brutal. Así narra el historiador: "Cobardemente la abofetean, la insultan, la escupen, a golpes la obligan a postrarse, quizá quieren matarla allí mismo, pero al fin prefieren cubrirla de puntapiés y culatazos de fusil, colmarla de improperios" (1994, p. 356). De ahí, por reconocimiento, él prosigue, Bolívar la galardona con "el título con que ha pasado al recuerdo agradecido de la historia, diciendo estas solas palabras: '¡Eres la Libertadora del Libertador!' " (1994, p. 356).

Libertadora del Libertador, ángel tutelar, madre de los héroes de la patria, representación alegórica de la Libertad o de la Justicia, la figura femenina en el marco de la Historia oficial, en la transición del siglo dieciocho al diecinueve, generalmente surge vinculada indeleblemente al papel que suele desempeñar cerca del hombre, en el ámbito privado: amante, esposa o madre. Siempre ceñida a una figura masculina que, en determinados momentos, demuestra franqueza y necesita de su auxilio. Pero después, discretamente, sale de escena.

Conclusión

En todos los registros a través de los cuales la figura de Manuela llega hasta nosotros es sobresaliente la activa participación de las mujeres en la vida pública y en la lucha por romper las amarras de la tradición y del convencionalismo, en el pasaje del mundo colonial para una América que se pretendía moderna e independiente. Principalmente, importa el rescate y estudio de la producción discursiva femenina como forma de acercamiento a las ideas y a la actuación de las mujeres latinoamericanas del siglo diecinueve, cuando se construyen o renuevan padrones de sociabilidad, dentro de las pautas de modernización del periodo.

Bibliografía

Abelardo, Pedro. *Correspondência de Abelardo e Heloisa*. São Paulo: Martins fontes, 1989.

Alvarez Saá, Carlos (ed.). *Manuela: Sus diarios perdidos y otros papeles*, Imprenta Mariscal, Quito, 1995. (consulta a través del sitio www.genderlatam.org.uk, en julio de 2009)

Arciniegas, Germán, (org. y prol.). *Romancero bolivariano*. Caracas: Italgráfica, 1969.

Arambel-Guiñazú, María Cristina – Martin, Claire Emilie. *Las mujeres toman la palabra*. Escritura femenina del siglo XIX en Hispanoamérica. Vol. I. Madrid/ Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert, 2001.

-----, (comp.). *Las mujeres toman la palabra*. Escritura femenina del siglo XIX en Hispanoamérica. Vol. II – Antología. Madrid/ Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert, 2001.

Bakhtin, Mikhail. *A cultura popular na Idade Média e no Renascimento*. O contexto de François Rabelais. São Paulo: Hucitec; Brasília: Ed. da Universidade de Brasília, 1987.

Benjamin, Walter. "Sobre o conceito de História", en *Obras escolhidas: magia e técnica, arte e política*. 3. ed. São Paulo: Brasiliense, 1985. p. 222-32.

Berman, Marshall. *Tudo que é sólido desmancha no ar*. A aventura da modernidade. São Paulo: Companhia das Letras, 1986.

Bloch, Marc. *Introdução à História*. Lisboa: Europa-América. s/d.

Bolívar, Simón. *Escritos políticos*. Lisboa: Estampa, 1977.

-----, *Bolívar*. (Selección y prólogo de Francisco Monterde). México: Secretaria de Educación Pública, 1943.

Borkosky, María Mercedes. *Autodiscurso en la escritura francesa de los siglos XIX y XX*. Autobiografía, cartas y viajes. Tucumán: INSIL – Universidad Nacional de Tucumán, 2005.

Callinicos, Alex. *A vingança da história*. O marxismo e as revoluções do Leste Europeu. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1992.

Castro, Moacir Werneck de. *O Libertador*. A vida de Simón Bolívar. 2. ed. Rio de Janeiro: Rocco, 1989.

-----, *Bolívar (1783-1830)*. São Paulo: Editora Três, 1973. (Biblioteca de História: Grandes personagens de todos os tempos, 9)

Díaz de Guzmán, Ruy. *La Argentina*. Buenos Aires: Ángel Estrada, 1943.

Donghi, Tulio Halperin. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza, 1990.

Eagleton, Terry. *A ideologia da estética*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1993.

Echeverría, Esteban. "La Cautiva", *Obras completas*. 2. ed. Buenos Aires: Antonio Zamora, 1972.

Fukuyama, Francis. *O fim da história*. Lisboa: Gradiva, 1992.

García Márquez, Gabriel. *Cheiro de goiaba*. Conversas com Plínio Apuleyo Mendoza. Tradução de Eliane Zagury. 2. ed. Rio de Janeiro: Record, 1982.

- . *El general en su laberinto*. 6. ed. Barcelona: Plaza & Janés, 2000.
- . "La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada", *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. 11. ed. Bogotá: Editorial La Oveja Negra, 1986.
- . "Un señor muy viejo con unas alas enormes", *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. 11. ed. Bogotá: Editorial La Oveja Negra, 1986.
- García Márquez, Gabriel – Vargas Llosa, Mario. *La novela en América Latina*. Diálogo. Peru: Carlos Milla Bates, s/d.
- Gomez, Luis Marcos. *Sociedade dos socialistas vivos* (ensaios contra o neoliberalismo). São Paulo: Anita Garibaldi, 1995. (obra consultada a través del sitio <http://www.culturabrasil.pro.br/fukuyama.htm>, en julio de 2009).
- González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.
- González Stephan, Beatriz – Lasarte, Javier – Montaldo, Graciela – Daroqui, María Julia, (comp.). *Esplendores y miserias del Siglo XIX*. Cultura y sociedad en América Latina. Caracas: Monte Ávila, 1994.
- Guardia, Sara Beatriz. *Mujeres peruanas: el otro lado de la historia*. 4. ed. Lima: Editorial Minerva, 2002.
- Guevara, Isabel. Carta a la Princesa Gobernadora. (obra consultada a través del sitio <http://www.buenosairesantiguo.com.ar/notasdebuenosaires/mujeresdelaconquista.html>, en noviembre de 2006).
- Harss, Luis. "Gabriel García Márquez o la cuerda floja", en *Los nuestros*. 9. ed. Buenos Aires: Sudamericana, 1981.
- Hugo, Victor. *Do grotesco e do sublime*. Tradução do "Prefácio de Cromwell". Tradução e notas de Celia Berretini. São Paulo: Perspectiva, s/d. (Coleção Elos, 5)
- Iglesia, Cristina. *La violencia del azar*. Ensayo sobre literatura argentina. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Jozef, Bella. *História da literatura hispano-americana*. 4. ed. revista e ampliada. Rio de Janeiro: Francisco Alves/ Ed. da UFRJ, 2005.
- Kollontai, Alexandra. *A nova mulher e a moral sexual*. 5. ed. São Paulo: Global Editora, 1982.
- Le Goff, Jacques. *A história nova*. São Paulo: Martins Fontes, 1990.
- Lejeune, Philippe. *O pacto autobiográfico*. De Rousseau à Internet. Belo Horizonte: Ed. UFMG, 2008.
- Menton, Seymour. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. (Colección Popular, 490)
- Molloy, Sylvia. *Vale o escrito*. A escrita autobiográfica na América Hispânica. Chapecó: Argos, 2003.

Muriel, Josefina. *Las mujeres de Hispanoamérica*. Época colonial. Madrid: MAPFRE, 1992.

Olimpio, Domingo. *Luzia-Homem*. São Paulo: Martin Claret, 2003.

Pividal, Francisco. *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*. La Habana: Casa de las Américas, 1977.

Rama, Ángel. *A cidade das letras*. São Paulo: Companhia das Letras, 1978.

Rosa, João Guimarães. *Grande Sertão – Veredas*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 2005.

Rotker, Suzana. *El ensayo hispanoamericano del siglo XIX*. México: Siglo XXI, 1994.

Sáenz, Manuela. "Cartas a Simón Bolívar", en Arambel-Guiñazú, María Cristina – Martin, Claire Emilie, (compiladoras). *Las mujeres toman la palabra*. Escritura femenina del siglo XIX en Hispanoamérica. Vol. II - Antología. Madrid/ Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert, 2001. pags. 32-37.

Salcedo-Bastardo, J. L. *Visão e revisão de Bolívar*. 2. ed. Rio de Janeiro: Agir, 1976.

Salvador Lara, Jorge. *Breve historia contemporánea del Ecuador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

Segre, Cesare. *Os signos e a crítica*. São Paulo: Perspectiva, s/d.

Silva, Cláudia H. I. Luna F. *Indianismo romântico e projetos nacionais na literatura hispano-americana do século XIX*. Rio de Janeiro: UFRJ, 1999.

----- "Entre espectros e miragens: memória e identidade nos escritos de Juana Manuela Gorriti", en: Monteiro, Maria Conceição – Lima, Tereza Marques de Oliveira. *Entre o estético e o político: a mulher nas literaturas de línguas estrangeiras*. Santa Catarina: Editora Mulheres, 2006.

----- "O fracasso do herói: a reescrita da história em *O General em seu labirinto*", en *Literatura e diferença*. IV Congresso ABRALIC. Anais. São Paulo: Edusp, 1995.

White, Hayden. *Meta-história: a imaginação histórica do século XIX*. São Paulo: EDUSP, 1992. (Coleção Ponta, 4)